

nacional, serena en apariencia ésta, en realidad conturbada y afligidísima. Para hacer boca pedían los peticionarios que, antes de cederles, para despedazarlos á su sabor, los reyes, les cedieron cuantos suizos fueron ejecutores de las reales sentencias, verdugos enviados por la corte al ojeo y á la caza del pueblo. Vergniaud, representante ilustre de los más humanos afectos en aquella espantosa tragedia, ocurría con todos los recursos imaginables á regatear el número de víctimas reclamadas por el desquite público en sus impaciencias. Mas, á cada esfuerzo inútil suyo redoblaban los esfuerzos de la muchedumbre aquella, toda extraviada. Siendo Santerre la imagen de los vencedores, fué llamado por el desesperadísimo Vergniaud á la Cámara en socorro de los helvecios acorridos dentro del Congreso, y respondió á estas luminosas instancias, que hacía esfuerzos inútiles por su parte conducentes á salvar á los presos en el bosque de Bolonia, todos bajo amenazas de muerte violenta. Oyendo tal desesperada respuesta, Vergniaud se demudó como si le llegase la muerte, y con sus labios cárdenos de terror, exclamó: «¡Qué caníbales!» Cuando Santerre lo desahució en su obra de caridad, envió á las afueras del Congreso oradores populares encargándoles encarecidamente aplacaran la furia implacable del pueblo. Dos diputados, muy duchos en arengar á las muchedumbres, salieron, y los dos reentraron casi exánimes. El pueblo los recibió á silbidos, y entre todas las vociferaciones parecidas al hervidero de un huracán espantoso y al sacudimiento de un volcán eruptivo, predominaban estas horribles palabras: «¡Abajo los oradores!» En ciertos momentos se apoderó del Congreso, por defender á los suizos, rotos y apresados con el Rey, un terror semejante al que sintiera cuando temió la irrupción de los suizos en defensa y en venganza del Rey. Las muchedumbres vociferaban á una con tal estruendo y sacudían los portones con tal esfuerzo que se presentaba inevitable la violación del sagrado recinto. Así Vergniaud hizo que saliera la familia real de su tribuna y aguardara las órdenes presidenciales en el pasadizo, temiendo un inevitable asalto. La conformidad del Rey con su horóscopo siniestro le hizo levantar los ojos al cielo, y tomando aquellas penas por una penitencia redentora, esperar en actitud humilde y resignada la corona del martirio. La Reina soñaba con pugnar todavía en los senos de aquella pérdida irremediable. Un salvador no aguardado se presentó: Danton. Así los reyes pudieron volver á la tribuna y presenciar el combate de tal Encelado. Únicamente su voz de trueno pudo superar el oleaje; únicamente su soplo de Titán pudo extinguir el Etna. [Hereúleo, estentóreo, gigantesco, monstruoso, especie [de mitológica figura creada por el magnetismo de un sueño inverosímil é increíble, como los ciclopes, nadaba entre aquellas monstruosidades, como el monstruo, á quien mata el oxígeno de nuestro puro aire, gozo respira en el hidrógeno de un mar electrizado y tonante. No hubiesen roto las ráfagas del huracán los cañaverales del río, como rompió la palabra de Danton los fusiles y picas del pueblo. Invocando la justicia del nuevo Estado pudo aplazar la venganza del subvertido pueblo. Antonieta empeña-

da mil veces en corromperlo á él, no comprendió nunca los latidos, que necesitó él sentir dentro del pecho de fragua, en el corazón aquel de hierro, por salvarla en tan trágico momento á ella. Y salvada, dirigióse Danton á la Reina con sus ojos, en demanda de cualquier sonrisa, mientras ella, reclusa y encastillada entonces dentro de su natural soberbio, respondióle con su nativo desdén aumentado por la desgracia. El peligro pasó y los reyes volvieron á sus cuartos por ser ya la hora de su comida. El Congreso ninguna cosa hizo para ocurrir á esta necesidad del Rey. Cuando estuvo de frío y descuidado en las minucias del hospedaje Vergniaud, estuvo de sublime y pródigo en las tragedias. Dufour cuenta como se fué casa de un criado inferior de la Familia Real y le pidió auxilio en el peligroso trabajo de procurar á la dinastía el alimento indispensable á su vida en aquellas horas. No tuvo el criado inconveniente de ningún género en obligarse á cocer y condimentar la comida; mas negóse á conducirla desde su cocina particular al convento fuldense. Ocurrió á esto Dufour y colocó en enormes canastos la regia comida, conduciéndola como pudo hacia las tristes celdas. Cuatro mozos de cordel acompañábanle á la residencia de Luis XVI; y los guiaba el realista como pudiera guiar en vistosa parada un tambor mayor á los demás tambores. La plebe no escaseó sus vejámenes á este servidor de la dinastía. Unos revolucionarios le reclamaban el contenido de las cestas, más necesitados de comer, según sus palabras, que aquellos á quienes iban destinadas; otros revolucionarios pretendían arrancarle los manteles y las servilletas para disponer de todo ello en su propio doméstico servicio. Dufour se hacía el chiquito, respondiendo que, perteneciente como ellos al pueblo y en comidas tratante, si algo le quitaban en aquel trayecto de trabajo y de trabajador, no dañaban al Rey, le dañaban en sus negocios y en sus intereses á él. Así, empleando esta industria, especie de mercantil estrategia, llegó hasta una celda en que pudo poner los cubiertos y servir la comida. Volvieron escoltados los Reyes del Congreso al monasterio para sentarse á la pobre improvisada mesa; más insultos, amenazas, gritos, vociferaciones, damandas clamorosas de sus cabezas, injurias á sus nombres, anatemas á su historia, calumnias á su vida, menudearon en términos tales, que no pudieron probar bocado los infelices, bebiéndose las lágrimas de sus ojos y alimentándose con sus propias penas.

En cuanto acabaron los reyes el triste almuerzo, volviéronse á la cámara, donde combatían ya como gladiadores las escuelas políticas y los partidos militantes sobre las hilachas de su descosida púrpura. El miedo, en la mañana mostrado, de un raptó que renovase aquel sabido suceso del nefastísimo Varennes con mejor salida para los acosadíssimos reyes, miedo corroborado hasta por jefes y representantes de la Gironda, como Grangueneuve, se dilató por la tarde misma en términos de pedir todo el mundo la entrega de los regios rehenes á merced y arbitrio absolutos de la Comunidad revolucionaria, quien tomaba por grados rápidos la jefatura del pueblo valiéndose de perversíssimos secuaces, que representaban la sayonería y sus ferocidades en los pasos de tan siniestro

Calvario. Cuantos defendieran la traslación de los reyes al Ministerio de Justicia, y al sitio del Luxemburgo, y al arzobispado de París, palacio este último, donde algunos días estuviera la Constituyente, cedieron á la observación de que todos estos monumentos encebaban subterráneos propicios á pérfida fuga, y de que tal fuga sólo podía servir á la reacción en armas y al extranjero amenazando desde las fronteras con una terrible irrupción el seno de la patria. Bajo este fundado miedo del extranjero huían los más considerados y más prudentes, afirmando no haber otra cosa sino asegurar al Rey con los suyos en prenda ó hipoteca de que no adelantarian un paso los aliados extranjeros, hacia el corazón y centro de Francia, sin que les rodase á los pies las coronadas cabezas de quienes las puertas les abrieran ciegos con sus torpes maquinaciones. Al terror inspirado por la fuga y por el desquite que la fuga traía consigo aparejado, se acabó la selección de monumentos para seguro del Monarca y se convino en la ceñuda fortaleza del Temple. Cuando la Reina, lo supo, se desesperó con intensa desesperación. El Rey en cualquier otra parte aparecía huésped temporal, más ó menos bien alojado, de la nación, sobre quien reinara; el Rey en formidable castillo, fortaleza ó seguro, quedaba como un prisionero del Estado, á quien la razón de Estado podía sacrificar, cómo, cuándo y dónde le pluguiese. Así Antonieta se plañía, muy adolorada por tan cruel resolución, recordando haber pedido en proféticos presentimientos, al Conde de Artois demoliese tan viejo bastión, por anticipaciones intuitivas preconociendo cuál triste ministerio de tormentos á su regia existencia reservaba el destino incommovible, tras los siniestros y mohosos pedruscos de su ya designado y definitivo encierro. El corazón de Vergniaud, el corazón de Condorcet, el corazón de Brissot, se rompía á una contra la imposibilidad completa de concluir con el viejo principio de las castas, sin atormentar á la persona, ó personas, que lo representaban en el mundo. Mas, el tormento físico y moral, consecuencia del desastre sufrido por los privilegios y por los privilegiados, seguía cebándose con crueldad en los reyes, al par que en las personas de cuantos intentaran una transacción entre la Monarquía y la democracia con objeto de impedir á ésta un triunfo excesivo y á la otra el doloroso destronamiento. No había, pues, nada que aguardar, como no fuera el desarrollo lógico de aquella tragedia, la cual solamente podía desenlazarse como todas las tragedias en el mundo y en el arte, por la muerte, y dentro de la eternidad. Seis veces al día pasaban los reyes desde las celdas á las tribunas, y desde las tribunas á las celdas: tras la hora de despertar salían del Convento é iban al Palacio; por la hora del almuerzo salían del Palacio é iban al Convento, para volver después de almorzar nuevamente al Palacio; por la hora de comer volvían á salir del Palacio al Convento para de nuevo tornar al Palacio, hasta que, por las altas horas de aquellas noches horribles; tras sesiones, que parecían siglos por su duración, volvían al Palacio para entenderse dentro de aquellos zaquizamis parecidos á celdas de triste hospital ó cárceles de dura prisión sobre tablas y jergones que parecían parihuelas

de moribundos y ataúdes de muertos. Lo más terrible para las víctimas resultaba en aquellas calles de amargura el tránsito desde celdas á tribunas y desde tribunas á celdas porque allí se aglomeraban sus enemigos y les inferían toda suerte de agravios, renovándoles sufrimientos superiores en su acerba intensidad á cuanto pueden sobrellevar las humanas fuerzas. El palacio babilónico, trocado en desnudo y ruinoso convento; las salas brillando con toda clase de trofeos en celdas reducidas y encaladas como los aposentos del pobre; las alfombras de Persia en ladrillos mellados por las lágrimas de una constante penitencia; los pañuelos de Holanda y encajes en pañuelos arrancados por la compasión al menesteroso; el traje de púrpura en sayal de prisión, ya les decían bastante sobre las alternativas del destino: sus jueces no estaban en el caso de agravar todo aquello con vejámenes y tormentos inferidos por ellos que debían hacer justicia, la cual no puede confundirse jamás con la crueldad y con la venganza. Los franceses han investigado por maravillosa manera cuantas minuciosidades han podido del período revolucionario, dejándonos, amén de las notas, de las crónicas, de la prensa, de las oraciones, relatos particulares, y en tal número, que se necesita paciencia de benedictino para leer siempre lo mismo, cien veces remachado, y temeridad de buzo para sacar del seno de los tiempos alguna curiosa y particular señal no registrada todavía de cuantos efectos hizo y de cuantos fenómenos presentó aquella tromba de la revolución verdaderamente inconmensurable, así por las ruinas que dejó amontonadas á su paso como por los bienes perdurables que comunicó, redimiéndola y levantándola con sus ideales y con su espíritu, á la en otro tiempo desgraciada y oprimida sociedad. Parece imposible conservaran, en medio de la tragedia, conciencia y memoria aquellos hombres, poseídos de un estupor, que casi disminuye y suprime la vida, entre las sorpresas de tantas inesperadas catástrofes, muchas de ellas, tan súbitas, como esos incalculables bólidos, que suelen á lo mejor estallar por la soledad y por el silencio de los altos espacios vacíos. Así esta vivacidad de memoria y entendimiento nos ha dejado una particularidad, como la siguiente, respecto de la postrera comida que los reyes tuvieron en los fuldenses: ciertos estos de una resolución próxima y adversa, la más extremada y hostil en lo concerniente á su seguridad, dieron después de comer un pretexto cualquiera para no tornar al Congreso en seguida, y se reunieron en sus celdas para dar á sus lágrimas rienda suelta, consolándose y abrazándose mutuamente, como si hubieran llegado á la víspera de su muerte.

Con efecto, el día doce de Agosto, día tercero de los pasados por el Rey en la Cámara, víspera fué de su traslación al Temple. Así concluyó el doce y amaneció el trece con muy nefastas señales, y no se necesitaba echárselas de agorero y de zahorí, para prever la exacerbación de todos los daños sufridos y la terrible inminencia de daños mucho mayores en lo futuro. Como resultado primero del incidente Chabot, arriba referido, la Cámara substituyó los restos de guardia real, que circuían aún la espirante realeza, con indivi-

duos de guardia republicana, recién llamados en grave daño de los monarcas, quienes, al ver los antiguos servidores cerca de sí, libraban esperanzas segurísimas de que les procuraran fortísimo escudo, y se veían entregados á revolucionarios, los cuales en desacatarlos y en ofenderlos se gozaban, representando, no ya el derecho, el desquite de los pueblos. Cabezas que se inclinaban en presencia de los reyes con verdadero culto los días anteriores, y el último día cabezas erguidas que aparentaban elevarse con orgullo sobre las regias diademas en representación del nuevo triunfante régimen; brazos tendidos para socorrerlos en su naufragio antes y ahora brazos tendidos para mejor hundirlos en aquel Océano de lágrimas y sangre; sonrisas de veneración y miradas de respeto y palabras de amor antes sustituidas ahora por blasfemias soeces, gestos amenazadores, frases incendiarias: no desconozcamos, pues, á la evocación en el recuerdo de todo esto, las razones y motivos que había para una desesperación sin límites en aquellas atormentadas víctimas y su llamamiento á la muerte como remedio de todos los males y reposo á todos los trabajos. No tuvo límites la crueldad de los diputados; apenas se acababan de sentar á la mesa el doce los reyes, cuando les anunciaron debían separarse de su doméstica servidumbre como se habían separado de su guardia real. Sin duda para que la comida no les sentara mal; si después de comer la noticia recibían del nuevo castigo, les dijeron antes de comer, cómo sólo podían estar con sus domésticos y servidores durante la hora de tal acto, pues, al pasar, debían quedarse solos y recibir los cuidados de gentes nombradas para este fin por la Comunidad revolucionaria, quien ya entraba, desde la noche del doce, á poseer en plena propiedad los monarcas, trocados de personas reales y regias en objetos de apropiación como las cosas más inertes y como los esclavos más infelices. La familia real no sabía lo que pasaba por ella. Los servidores de aquel supremo instante porfiaban en servirlos cual por los tiempos de su poder, é interponían cuanto les era dable sus cuerpos entre las amenazas y sus voces entre los insultos dirigidos á los monarcas. Desde su terrible separación, las amenazas dichas á los oídos de la familia real trocaránse para mayor tormento en golpes asestados sobre sus cabezas, y la inundación espantosa, con que peleaban aquellos fieles cortesanos, ahogaría por completo á sus, con tan grande abnegación, defendidos señores. El Rey, de tan buena gana en la comida siempre, no quiso comer, para retardar la separación de los criados é impedir en lo posible tan mortal ausencia. Antonieta recordaba los recientes servicios: las palabras de consuelo dichas por unos; las interposiciones de sus personas entre la familia real y los desacatadores por otros cumplidas; el cuidado de todos por procurarles mesa y cama en tal desamparo; la entrega del pañuelo con que la frente de su hijo enjugara, pañuelo parecido al blanco lienzo de la Verónica; el hallazgo de varios objetos perdidos como un medallón de familia que guardaba su retrato y apercibía ella para sus herederos; el valor en los peligros más terribles y la resignación en los reveses más trágicos; aquella comunidad de los

dolores que parecían repartidos entre todos á fin de dejar á cada uno la menor parte, y unirse por los mutuos consueios y los mutuos servicios en una sola persona con fuerza bastante para soportar un martirio, insufrible del todo en cuanto los reyes se quedasen abandonados así en poder de los implacables enemigos. Imagináos lo que sería la despedida entre la princesa Lamballe y la Reina que brillaran unidas y juntas con brillo singular en el espléndido cielo de Versalles. ¿Quién les hubiera dicho entonces cómo sus collares de perlas se trocarían en filos de cuchillo sobre sus gargantas de cisne; cómo sus carrozas pintadas por Wateau y llenas de amorcillos y de ninfas se convertirían en las carretas del cadalso; cómo, por todo coger ó almohada, donde reposar sus cabezas en la última hora de su existencia, tendrían la pica del demagogo y la cesta del verdugo?. Jóvenes, hermosas; con los aires de las esculturas versallesas; cuando apenas acababan de desceñirse sus galas y de arrancarse sus joyas, vestíanlas los sayones con los sayales del ajusticiado y las alimentaban sin piedad con los mendrugos reservados en las cárceles para los reos de muerte. ¡Oh besamanos de Versalles; oh vales de la ópera; oh cenas de Trianón ante aquella trágica noche!

Gentiles hombres, damas, domésticos, al despedirse de sus señores, dejáronles cuantas pertenencias tuvieron á mano, los objetos que podían servir á su desnudez, las reliquias que podían servir á su consuelo, el oro que llevaban en el bolsillo, y que podía servir á su alimento. Luis XVI les observó cómo no estaban en el caso de hacer cosa ninguna por ellos, pues tantos objetos pasarían á sus verdugos, quienes los tenían ya por muertos; y por muertos se disponían á enterrarlos. Por fin realizáronse los planes de quienes en aquellas horas mandaban, y los Reyes se quedaron solos, sin que nadie les atendiese y les cuidase. A la hora de antemano dicha, hora de la mañana, el buen Pétion, triunfador derrotado, el síndico Manuel, en vías de arrepentimiento al ver aquellos dolores, y algunos oficiales de la Municipalidad, notificaron al monarca y á los suyos que aquella misma tarde los conducirían al Temple. No desaprovechó Antonieta esta ocasión de pedir que le dejaran llevar consigo alguno de sus íntimos; y, tocados en el corazón alcalde y síndico, les permitieron la compañía de varios, muy pocos, entre quienes se contaba la joven hija de madame Tourzel y la hermosa princesa de Lamballe, quienes, retornando á la compañía de los Monarcas, experimentaron toda la dicha posible bajo el peso de una tamaña desdicha. Eran las cinco de aquella tarde trágica en que lucía con todo su esplendor un sol canicular, cuando los Reyes trocaban las celdas de los fundenses por las torres del Temple. Bien pudieron haberlos ahorrado aquella humillación los comuneros; bien pudieron llevárselos á hurtadillas y en las sombras, no prolongando sin provecho para su causa popular la calle de amargura, por donde pasaban aquellas infelices víctimas hartas castigadas. París tomaba los espectáculos de la política cual tomó el pueblo-rey bajo su horrible cesarismo los espectáculos del circo. No había tragedia ideada como aquella tra-